

DEL COLEGIO PÍO BAROJA

Maite Ruiz de Azúa

Con un cariñoso recuerdo para mis compañeros de curso

Siempre he pensado que ir al colegio es algo así como ingresar en una entidad bancaria. Tus padres te llevan al centro que más confianza y seguridad les inspira y allí te depositan a plazo fijo, con el fin de lograr la máxima rentabilidad y luego, llegado el mes de junio, les tienes que rendir cuentas, a ver cómo ha ido el asunto, si hemos obtenido beneficios, o por el contrario estamos en números rojos, con lo cual ¡tiembla verano!

Curso 1974-1975, 3º de E.G.B., con la señorita Socorro.



En lo que a mí respecta, me depositaron con siete años en el colegio Pío Baroja, que por aquel entonces, años setenta, contaba con dos sucursales, el colegio de arriba y el de abajo les llamábamos, aunque ahora nos suene a anuncio, y que funcionaban al compás de la batuta de doña Jesusa. "Dirección" creo que ponía en la puerta de su despacho, y a mí me imponía tanto respeto entrar allí, que si alguna vez tenía que llevarle un recado de parte de la profesora me temblaban las rodillas y me encogía de miedo cual si hubiera de penetrar en la guarida del dragón. Menos mal que doña Jesusa de dragón tenía poco y en su lugar te encontrabas una amable señora, siempre sonriente y cariñosa. Pese a todo, cuando pasaba por el pasillo a nuestro lado, nos dábamos codazos y susurrábamos: "la directora."

Mi primer curso en Pío Baroja, 2º de EGB, lo pasé en el colegio de arriba y lo que más recuerdo son los recreos, los toboganes, los columpios, los arcos de hierro donde nos colgábamos como monos y un niño bajito y rechoncho al que mis amigas y yo llamábamos "ballenita", y que nos perseguía entre risas. En el fondo a Fernando el Ballenita le gustaba ver que cuatro niñas requerían toda su atención, porque lo que es al resto de los chicos de clase apenas les hacíamos caso.

Todas las mañanas, hasta la hora del recreo, hacíamos multiplicaciones y unas largas divisiones que luego había que verificar con la prueba del nueve, que resultaba desesperante si no te cuadraba. Siguiendo el orden alfabético, seis de nosotros teníamos que resolverlas en las dos pizarras que había en la clase, una vez terminada la tarea podías dibujar lo que quisieras en tu tercio de encerado. En cierta ocasión Marisol se dibujó a sí misma lanzando una pelota a Begoña y a todos nos pareció un dibujo perfecto, menos a la señorita Socorro que veía un fallo. Se empeñó en que teníamos que descubrirlo, pero no había manera, ¡si es que era perfecto! La señorita Socorro optó por sacar a Begoña al centro de la clase y que adoptara la misma pose que el dibujo, pero ni con esas y quién sabe si aún estaríamos allí sentados si no fuera porque la profesora harta de nuestra agudeza visual preguntó: "A ver, ¿de dónde le salen los brazos a Begoña?" Y toda la clase: "De los hombros". A continuación miramos todos a la pizarra: "Y allí en el dibujo ¿de dónde le salen los brazos a Begoña?" Era realmente obvio: "De la cintura", dijimos todos a una.

Al año siguiente reorganizaron los cursos, de 1º a 4º en el colegio de abajo y así llevamos nuestros lápices y cuadernos a un edificio donde apenas había espacio para nuestro recreo, sólo disponíamos de un frontón cubierto y justo encima del mismo quedaba una terraza bastante más pequeña. Era en este frontón donde nos reuníamos todas las clases en alboroto para comenzar la jornada, tanto a la mañana como a la tarde, y a golpe de silbato el impresionante desbarajuste y bullicio se convertía en silencio sepulcral y en formación de en fila de uno mientras don Bernardo, la señorita Vicenta o el maestro de guardia rezaba un padrenuestro que nos encaminaba por las escaleras hasta las aulas (eso sí, una vez nos encontrábamos fuera de la vigilancia de los profesores nuestras nociones de disciplina desaparecían como por encanto).

Dadas las limitaciones del patio a la hora del recreo por lo general nos distribuíamos de la siguiente manera: las niñas nos solíamos quedar en la terraza jugando. Las pequeñas del colegio solían jugar a "pasemisí" o al corro, mientras entonaban una canción que permitía una pequeña rebeldía o acto reivindicativo: "Debajo de un tintero había dos ratones diciéndole a don Samuel que nos dé las vacaciones". Lo de don Samuel quedaba genial en el cómputo de sílabas, porque las que tenían como profesora a la señorita Magdalena se salían del ritmo de la cantinela. En cambio las mayores se dedicaban a sortear con habilidad la cuerda o saltaban a la goma y casi nunca nos mezclábamos las de una clase con las de la otra. Los chicos tenían prohibido el acceso a la terraza, sin embargo las chicas podíamos bajar al frontón siempre que quisiéramos, lo cual no hacíamos con demasiada frecuencia porque había cerca de media docena de balones zumbando en el aire ferozmente, y era harto arriesgado mezclarse en las carreras y golpes de los chicos. Claro que cuando llovía no quedaba más remedio que bajar al frontón o quedarse en clase dando muestras de un comportamiento ejemplar, que para nosotras equivalía al más completo aburrimiento. Bueno, también había quien pasaba el recreo en otros menesteres, en el aula de la señorita Ana Mari, cantando como quien tiene una patata caliente en la boca y llevando el compás a base de compuestos culinarios: "pan-café-café-pan" o "pan-con-café-y-chocolaaaaate". Yo, debido a mis escasas dotes para el canto, no llegué más que a formar parte fugazmente de la orquesta de flautas, aunque lo que realmente me fascinaba de esas clases de música era contemplar los curiosos instrumentos que iba sacando la profesora del armario: platillos, triángulos, xilofones..., y que por lo general quedaban reservados para las niñas mayores.

Al llegar a cuarto curso, don Samuel en clase nos hablaba de cierto proyecto para construir un parque en el barranco, todo barro, que había junto al colegio, y a todos se nos ponían los dientes largos al pensar en un espacio casi ilimitado, pero acto seguido don Samuel decía que seguramente para entonces ya no estaríamos en el colegio, y no se equivocó, para cuando desapareció el lodazal yo ya andaba por el instituto. La clase de don Samuel, me refiero al aula, era una de las mejores del colegio de abajo, situada en el segundo piso, abarcaba toda una esquina, con lo cual era la más luminosa de todas. Como decoración en las paredes se veía un par de carteles de propaganda de turismo en los que se veía escrito en grandes letras "España". En uno de ellos había una especie de sol de hojalata y en el otro un cachivache, extraño artilugio entre lámpara y corona que años después supe que formaba parte del tesoro de Guarrazar, y que por aquel entonces me parecía horripilante.

Aquel año, Javier, el hijo de don Samuel, estuvo insoportable, era el chivato perfecto, así que todos andábamos con cuidadito con lo que hacíamos o decíamos cuando estaba cerca, claro, que luego le vinieron las vueltas, cuando dejamos de ser los pequeños y nos llevaron de nuevo al colegio de arriba, lejos de don Samuel, de don Bernardo, de las señoritas Socorro, Magdalena, Vicenta, Ana Mari, Faustina... aunque eso ya es parte de otra historia.